

## LA ACTITUD ANTE LOS HIJOS

Dr. D. Juan Coderch de Sans,  
Ayudante de la Cátedra de Psiquiatría y Psicología Médica de  
la Universidad de Barcelona.

Uno de los factores de mayor importancia para el éxito o fracaso de la unión matrimonial estriba en la actitud que ante el problema que representan los hijos adopten los cónyuges. Siendo los hijos el fin primordial del matrimonio no es extraño que el amor que se les tenga y en los cuidados que se les prodigue y en la forma total de relacionarse con ellos se refleje la más íntima esencia de la unión conyugal. Un hogar en que las relaciones entre padres e hijos sean armoniosas nos ofrecerá también, casi con toda seguridad, un recíproco y luminoso amor entre los esposos; por el contrario, si fracasan las relaciones con los hijos, la paz y felicidad matrimonial se hallan en grave peligro.

Por todo ello, vamos a considerar brevemente algunos aspectos de las actitudes de los padres, o futuros padres, ante sus hijos. No en sus relaciones con el hijo ya puber o adolescente, porque ello escaparía a la finalidad de la presente Asamblea, sino más bien en lo que se refiere a las ideas y conceptos preformados que sobre los hijos y la manera de tratarlos, llevan al matrimonio los futuros padres; conceptos e ideas que adquieren su principal vigencia precisamente durante los primeros tiempos del matrimonio.

Aunque es innegable que el deseo de tener hijos, auténticamente sentido por ambas partes, constituye una de las mayores garantías del éxito matrimonial, pecaríamos de una ingenuidad imperdonable si creyéramos que la cuestión puede simplificarse hasta el punto de considerar que es posible afirmar, sin más, que será un matrimonio feliz aquel cuyos componentes desean numerosa descendencia, e infeliz aquél en el que ésta no es deseada. Dando pues por cierto la importancia fundamental del deseo y aceptación de los hijos, intentaremos profundizar algo más en diversos aspectos de este problema.

La actitud de los padres ante el hecho del embarazo derivará en parte de la cultura y en parte de las relaciones interpersonales de la pareja, factores que, a su vez, se combinarán con las esperanzas que los futuros padres hayan puesto en sus hijos.

Indudablemente, el embarazo es una de las mayores pruebas de que podemos disponer para calibrar las relaciones del matrimonio ante sí, dado que normalmente cualquier clase de miedo y dolor será tanto mejor soportado cuanto más grande sea la satisfacción que el embarazo haya producido en la madre. En algunas ocasiones, el padre puede sentirse más asustado y preocupado que su esposa, posiblemente debido a que para él no representa el embarazo un proceso fisiológico natural.

Después del parto la madre tiene, generalmente, un recuerdo muy es-

caso de las molestias y dolores sufridos, casi como si se tratara de amnesia consecutiva a una anestesia. Ello se debe a que, lógicamente, los padres se hallan demasiado ocupados con el niño para poder acordarse del pasado. Su alegría y nerviosismo no admiten regresiones, o a lo menos hasta pasados los primeros días.

Por otro lado, el rechazo ante natal del hijo en una madre emocionalmente inmadura puede conducir a miedo, falta de la necesaria relajación, prolongación del trabajo del parto e incrementada sensibilidad al dolor; todo lo cual puede conducir a un desenlace fatal. Existe incluso la posibilidad de que tal actitud esconda inconscientes deseos de suicidio; la madre no puede recuperarse del parto porque no tiene ningún motivo para continuar viviendo. Esto, desde luego, es raro, y de cariz francamente patológico; más frecuente es que el rechazo de la madre se manifieste ignorando al niño tanto tiempo como le sea posible o, por el contrario, en forma de exagerada protección sobre compensadora.

El período neonatal puede ser de intensa angustia e infelicidad para algunas madres con sentimientos de inferioridad, quienes sienten el obsesivo temor de que su hijo se halla afectado de alguna deformidad, sin que basten a convencerla de lo contrario ni su propia percepción ni la inspección del médico o de la comadrona. También para estas madres resulta muchas veces insoportable el tiempo que media entre el nacimiento y el comienzo de la alimentación. Si, como ocurre muy a menudo, el médico o la comadrona no aprecian las necesidades de la madre, el puerperio puede ser causa de graves trastornos emocionales para ésta. Durante el puerperio, incluso muchas madres normalmente equilibradas se sienten angustiadas ante la idea de que no serán capaces de criar a su hijo adecuadamente. En algunos casos puede llegarse a un estado grave de melancolía.

El papel del padre durante el embarazo y parto es también importante aunque indirecto, puesto que si su rol es imperfectamente desempeñado ello producirá sufrimientos en ambos cónyuges. Actitudes, por parte de la esposa, tales como la de decir que él sólo conoce la parte buena del matrimonio, que el embarazo sólo es el resultado de la satisfacción del marido, etc., envenenan la atmósfera familiar y desfiguran la participación del esposo en la procreación. Sin lugar a dudas, tener que afrontar el parto sin el apoyo y la comprensión del marido es considerablemente más duro y difícil para la mujer; en estos casos, la mujer se identifica con el papel de mártir y piensa que el marido obtiene un hijo a costa de su dolor y sufrimiento. Por el contrario, la mujer que ama a su esposo y se siente amada por él, se siente dichosa en ofrecer un hijo a su marido aún a costa del propio sacrificio.

En cuanto a la forma de manejar al recién nacido vemos como, desgraciadamente, la tendencia existente en muchas clínicas maternas a depositar al neonato en habitaciones especiales, alejado de la madre, a que el baño y el cambio de pañales se lleve a cabo por enfermeras, sin participación de aquélla, y la substitución de la lactancia materna por la artificial han ido debilitando cada vez más el papel de los instintos naturales y la espontaneidad en las relaciones madre-hijo. Últimamente en los países y sectores más civilizados se están intentando reintroducir el llamado «parto natural», pero con clases antenatales de relajación, analgésicos auto-administrados, fórceps bajos y las inevitables «nurseris» para que el llanto del niño no moleste a la madre. Cualquiera puede preguntarse, con razón, si todo ello resulta muy natural y espontáneo.

Sin embargo, más recientemente se aprecia cierto resurgir de formas

de conducta en relación al niño, más instintivas y espontáneas. La «alimentación a la demanda» o «auto-regulación» significa un retorno hacia viejos métodos de crianza que parecían ya definitivamente abandonados. Algunos pediatras han demostrado, en experimentos de selección de la dieta, que ciertos niños pequeños eran capaces de escoger la dieta que más les convenía, así como el horario de las comidas, desarrollándose bien de esta manera. Es muy necesario tener en cuenta que la «alimentación a la demanda» o «auto-regulación» no es lo mismo que dar alimento al niño siempre que llora, simplemente para conseguir que se calle, sino que significa un tácito reconocimiento de que el niño juega también su papel en su propia evolución. Tener en cuenta este principio durante la primera infancia del niño, puede facilitar enormemente las relaciones entre padres e hijos. Como es natural, el principio de la auto-regulación, sea en la esfera de la alimentación o en otra cualquiera, sólo será beneficioso si es aplicado prudentemente y con conocimiento de causa; será totalmente contraproducente cuando su práctica exige al niño una responsabilidad mayor de la que está en condiciones de tomar sobre sí.

Mucho más importante que el sistema que se adopte es una suave flexibilidad y comprensión en todos los órdenes. La madre que sigue rígidamente el horario previsto para la alimentación no es necesariamente más inespontánea que la que le da el pecho en cuanto le oye llorar.

Durante los tres primeros meses, la principal cuestión de la supervivencia del niño en circunstancias totalmente nuevas, desde la constancia del medio uterino al ritmo de alimentación y sueños propios de la vida extrauterina. La adaptabilidad y espontaneidad de los padres facilitará la adaptación del niño. Dado que el hombre debe estar acoplándose durante toda su vida, es muy conveniente que este primer cambio se efectúe en forma de una transición fácil y suave. Tratar de imponer a un niño rígidas pautas de conducta, puede dar por resultado que el niño desarrolle respuestas igualmente rígidas y estereotipadas ante cualquier cambio en el ulterior transcurso de la vida.

Un importante aspecto en la actitud de los padres es el respeto a los derechos que tiene el niño a recibir los adecuados cuidados. A pesar de que el niño no solicitó su propio nacimiento, muchos padres se creen en condiciones de exigirle gratitud desde un principio y se sienten extraordinariamente frustrados si no la reciben. Es conveniente aconsejar a los padres que se preocupen por averiguar, primero, la forma de hacer dulce y agradable la vida para su hijo; y después, cuando éste haya desarrollado la suficiente capacidad intelectual para darse cuenta de su buena suerte, para apreciar el amor de sus padres y la alta calidad de sus cuidados, podrá llegar a sentirse agradecido. Pero hasta que hayan transcurrido varios años desde el momento del nacimiento y el niño haya alcanzado este nivel de integración, toda demanda de agradecimiento es absurda. Los padres que se interesan auténticamente por su hijo no piensan en la gratitud, pero los que se ocupan del hijo como un deber exigen celosamente que éste les dé las gracias por todo aquello que consideran que no se halla estrictamente incluido dentro de los límites de su obligación. Otra común exigencia es la de que el niño debe aprender determinadas normas de conducta, pero es menester que los padres recapaciten antes sobre qué condiciones deben ser cumplidas para que el niño esté en condiciones de aprender. Parece ser muy cierto que el niño asimilará mejor cuando su adaptación al medio ambiente sea buena. Esto es obvio con respecto al tiempo y espacio, pero también

lo es en lo que se refiere a las relaciones con los padres. La mayoría de ellos demandan ciega obediencia por parte de sus hijos, sin haberse dado cuenta de que la obediencia solamente puede desarrollarse en una relación de confianza y seguridad. Muchos padres se quejan de que sus hijos se muestran díscolos e indisciplinados, sin ver que esto es debido precisamente a que, quizá por un exceso de trabajo, han descuidado establecer una adecuada comunicación con ellos.

Algunos padres creen que educar a un niño es algo similar al juego de la cuerda, con la victoria para el que tira más fuerte. Intentan crear-se un ascendiente sobre el niño desde un principio y consideran los esfuerzos de éste para adaptarse como una rebeldía. Posiblemente esta actitud parental es una proyección de su hostilidad hacia el niño. La hostilidad parental no significa usualmente más que una ligera ambivalencia, pero puede aparecer una hostilidad más intensa de tipo neurótico en el padre, como consecuencia de la pérdida de la posición predominante en el afecto de la esposa. Otras formas más sutiles de hostilidad pueden surgir como resultado de frustraciones, miedos y conflictos de la vida familiar.

La concienciación de esta hostilidad hacia el niño puede afectar extraordinariamente a unos padres que se consideren a sí mismos normalmente responsables y cariñosos. Por ejemplo, el padre o la madre pueden sentirse encolerizados y experimentar agresividad hacia el niño cuando éste, con su llanto, ha perturbado su descanso, sintiéndose después avergonzados de su cólera y agresividad hacia el niño. Esta experiencia, aunque perturbadora, es realmente saludable para los individuos psíquicamente bien equilibrados.

Otros padres basan su conducta hacia sus hijos en los recuerdos de su propia infancia, los cuales, indudablemente, se hallan seriamente deformados. Una fuente ordinaria de dificultades nace del hecho de que comúnmente los padres exageran el respeto que ellos tuvieron a sus propios progenitores y reprimen el recuerdo de su lucha por la independencia. Otro error frecuente estriba en el hecho de que los recuerdos infantiles de los padres datan de cuando ellos tenían seis o más años y tratan de aplicarlos a niños de dos o tres años.

La ignorancia de las verdaderas capacidades del niño, es uno de los mayores escollos con que tropiezan los padres. Por ejemplo, frecuentemente los niños de dos o tres años son requeridos para que repartan sus juguetes, golosinas, etc., con sus hermanos o amiguitos. Para cumplir esta orden adecuadamente, el niño necesita no sólo tener suficiente capacidad para comprender las ventajas de la equidad y lo bello de la generosidad, sino que también necesita ser capaz de controlar sus impulsos instintivos. Sin embargo, los niños de esta edad tienen dificultades en identificar su propio cuerpo y raramente son capaces de comprender los derechos de los demás. Y son muy pocos los niños que a esta edad están capacitados para ejercer alguna clase de auto-control.

Todo hijo lleva consigo un interrogante de tipo educacional. ¿Qué pautas, qué normas hay que seguir para lograr el máximo desarrollo de sus posibilidades y la más perfecta integración familiar? No basta con desear a los hijos y darles una cordial bienvenida en el momento de su llegada al hogar. Si la educación es errónea estos mismos hijos, tan deseados, se convertirán en una pesada carga y en motivo de desdichas sin cuento. Ante este problema encontramos aquí dos distintas posiciones:

A) Padres que no se preocupan por adquirir conocimientos adecua-

dos para la educación, fiándolo todo en su natural instinto. Ello puede ser indicio tanto de gran confianza en las propias convicciones y juicios, como de negligencia y falta de responsabilidad en lo que se refiere al cuidado de los hijos. Ambos casos están lejos de constituir el ideal de la paternidad y son causa de frecuentes fracasos. Al fiar la educación en el propio juicio es no solamente muy difícil que éste sea cierto, sino que aún resulta más improbable que marido y mujer posean similares opiniones, puntos de vista, preferencias, etc., sobre la materia. Lo más seguro es que cada uno tenga ya unos conceptos preformados sobre la forma de educar y relacionarse con los hijos, con lo cual es muy posible que la disparidad de criterio redunde en perjuicio de éstos, hecho ya de sobras sabido y que no es cuestión de discutir aquí, y de la misma armonía matrimonial. Cuando existe evidente negligencia, muy frecuente por cierto ante los problemas educacionales, las consecuencias suelen ser aún más nefastas. Tal negligencia conducirá prontamente a situaciones imprevistas ante las cuales lo más probable será que ambos cónyuges se acusen recíprocamente, o, más simplemente, intenten descargar el uno en el otro, toda la responsabilidad, rehuendo hacer frente a cualquier determinación referente a la conducta que debe adoptarse en relación con los hijos.

B) Padres que tratan de instruirse y adquirir los adecuados conocimientos para llevar a cabo una correcta educación de los hijos. No cabe duda que esta actitud predispone a que el matrimonio evolucione favorablemente. No basta, sin embargo, con este afán para mejorar las propias capacidades o aptitudes naturales, para suponer que la educación se realizará óptimamente. Debemos distinguir aquí, a su vez, dos distintos grupos:

a) Aquellos que saben aunar los conocimientos adquiridos con las naturales posibilidades, las circunstancias peculiares, la situación económica social, etc. El hecho de que en determinados individuos se logre este acoplamiento armónico entre los conocimientos adquiridos y el propio juicio y aptitudes espontáneas, descansa fundamentalmente en dos factores que se conjugan entre sí: inteligencia y equilibrio emocional. Un nivel intelectual de tipo alto (C. I. superior a 100) indudablemente predispone para que el individuo pueda ser clasificado en este último grupo, pero ello siempre que exista una óptima estabilidad emocional que permita una buena integración de la personalidad. A la inversa, puede darse que determinados individuos pertenezcan a este grupo siendo su nivel intelectual de tipo medio o incluso ligeramente inferior, cuando un perfecto equilibrio emocional compense el defecto de la esfera de la inteligencia.

b) Individuos angustiados, que no confían en sus propias aptitudes ni en los conocimientos adquiridos. El médico y el consejero prematrimonial se encontrarán frecuentemente ante sujetos angustiados, inseguros de sí mismos y constantemente preocupados por un futuro que conciben en forma claramente pesimista. Su misma preocupación e inseguridad es premisa necesaria para que se sientan impulsados a escudarse tras los consejos, reglas y preceptos de la ciencia a fin de verse, de esta manera, libres de la responsabilidad de decidir por sí mismos. Infortunadamente no consiguen el objetivo propuesto sino que, por el contrario, en muchas ocasiones el resultado es inverso al deseado, puesto que el buen uso de los conocimientos técnicos requiera una flexibilidad y confianza en el propio juicio de las que carecen estos individuos. Muy a menudo viven angustiados ante el temor de quebrantar las normas y

consejos recibidos, que por otra parte sobrevaloran en exceso a causa precisamente del escaso crédito que les merecen las propias convicciones. No podemos ahora entrar en detalles acerca de la etiología y síntomas de esta angustia, porque ello es ya tarea específica de la psiquiatría. En cambio, sí tiene para nosotros gran interés, recordar que los estados de angustia de los padres casi fatalmente repercuten en los hijos, produciéndose problemas de educación que en un ambiente con mayor estabilidad emocional no se hubieran producido. Los trastornos de conducta y perturbaciones psicológicas del niño producen, a su vez, más angustia en el seno de la familia, cerrándose así un círculo vicioso que difícilmente puede romperse sin la ayuda del paidopsiquiatra.

Naturalmente, cada uno de los tipos aquí descritos es susceptible de contraer matrimonio con otro individuo que presente igual o distinta actitud ante el problema educacional. No podemos detenernos a analizar cada una de las variantes que pueden darse. Baste decir que, excepto para el grupo ideal en el que se unen buen equilibrio emocional y adecuado enfoque intelectual, las posibilidades de éxito serán mayores si los individuos pertenecen a grupos opuestos que complementen y estabilicen recíprocamente las distintas actitudes y disposiciones.